

FANTASMAS DE VERDE JADE

La Sociedad de Lundenwich I



Víctor Sellés



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2022, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2022, Víctor Sellés
© 2022, Eduard Coll, por la ilustración de cubierta y las ilustraciones del interior

Primera edición: octubre de 2022

Corrección: Antonia Dueñas y Obscura Editorial
Fotografía del autor: Aurelio Martínez
Ilustración del mapa de Lundenwich: Pablo Uría Díez
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Realización: La Letra, S. L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-124734-8-3
Depósito legal: B. 12090-2022

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

1

Los Alondras

— ¡Cuerpo a la vista! ¡Cuerpo a la vista!
Los chicos transmitieron el mensaje como un eco fúnebre. De Dominic a Eliot, luego a Delfine, a Hugo y, por último, a Nellie.

La luna, a punto de esconderse, brillaba atrapada en una telaña de mástiles y jarcias de barco. El alba descollaba tras los edificios, pero las farolas de gas aún proyectaban su luz polvorienta sobre las aceras. La noche moría despacio.

Los niños se apelotonaron en la ribera del río, ojo avizor, con el cuello estirado y las piernas hundidas hasta las rodillas en limo.

—Un penique a que es un borracho.

—O un preso fugado del Panóptico.

—¡Ojalá sea uno de la banda del Colmillo!

Frotándose las manos manchadas de barro y cubiertas de heridas, los cinco integrantes de los Alondras aguardaron expectantes. Se consideraban afortunados. Incluso tras un robo, los cadáveres que arrastraba el río aún podían conservar un buen abrigo, una corbata de seda, zapatos con cordones nuevos o la cadenita de oro de un reloj de bolsillo prendida al chaleco.

El río Isis era misericordioso y cuidaba de los Alondras. Toda la basura de Lundenwich recalaba en sus orillas; la marea baja les obsequiaba con utensilios de peltre, madera, huesecillos, clavos viejos y pedazos de carbón. Guardaban aquellos tesoros en cubos herrumbrosos y teteras viejas, y más tarde los vendían a los quinalleros de Gondal Square.

Si el día no era fructífero, siempre les quedaban los barcos. Con

ayuda del cuchillo de Eliot cortaban una cuerda para arrojar un fardo al río, cuyo interior podía contener cualquier maravilla de costas lejanas. A través del Isis, Lundenwich conectaba por mar con el resto del Imperio y, gracias a los caminos de hierro de Loe-gria, los ferrocarriles transportaban mercancías desde Cabo Serpiente hasta la lejana Edina, en el extremo septentrional del país.

—Es una dama —susurró Hugo.

Observaba el río con concentración absoluta; el ceño fruncido, los párpados entrecerrados. Parecía capaz de dispersar las últimas tinieblas de la noche con la fuerza bruta de su voluntad.

Nellie achicó los ojos. El cuerpo flotaba a pocas yardas de distancia, deslizándose sobre un lecho de niebla irradiado por un resplandor verdoso. Su vestido —largo, amarillo y con volantes, muy bonito— ondeaba sobre las aguas turbias como la cola de una sirena mientras los dedos de una de sus manos araban la mansa superficie del río. La otra descansaba sobre su pecho.

—¡Por las barbas de Jack Sheppard! ¡Fijaos en el collar! —Eliot señaló su cuello, donde las luces del muelle arrancaban destellos a las perlas—. ¡Y también lleva un bolso!

«Una suicida que se ha arrojado desde uno de los puentes», concluyó Nellie. «Ningún ratero le ha puesto aún la mano encima».

Había flotado en su dirección como uno más de los regalos del río; pero ahora, obedeciendo a un impulso invisible, cambió de rumbo y se puso fuera de su alcance.

—¡Rápido, Dominic! ¡Se nos escapa!

Dominic se aventuró con cautela en el agua helada. Era peligroso adentrarse demasiado, porque ninguno de ellos sabía nadar. Extendió el brazo, agarró el extremo de la falda y tiró del cuerpo para atraerlo hacia la orilla. Casi parecía que el cadáver se deslizara sobre una película de aceite. Lazos y gasas se desprendieron de su vestido con el vaivén y flotaron corriente abajo como pétalos de diente de león.

El chapoteo de unos remos les puso en guardia. Un instante más tarde, la silueta de una barcaza de pesca permeó la niebla.

Alertados por los gritos, sus tripulantes señalaron el cuerpo mientras alteraban el rumbo del vehículo. Un hombre los maldijo agitando el puño y otro levantó la tapa de un estuche de madera para tomar un rifle.

Querían rapiñar también, pensó Nellie. ¿Qué podía importarles si no? Pero era suya, ¡la habían encontrado ellos!

Miró hacia atrás. Algunos curiosos se habían congregado en el paseo. El amanecer había dispersado las brumas y la claridad creciente del cielo amenazaba con terminar de torcer las cosas. Uno de los individuos exclamó: «¿Eso es un muerto?». Y después: «¡Creo que están robándole!».

No estaban robando. Los muertos ya no necesitaban nada. Nellie pensó que estar muerto daba algo de miedo, pero, en el fondo, no padecer ni frío ni hambre debía de ser una sensación maravillosa.

Dominic todavía aferraba la falda de la mujer. Tiró una última vez con mucha fuerza. El cuerpo alcanzó la orilla y acabó varado en el fango.

En un parpadeo, transmutados en buitres, los andrajosos Alondras se abrieron paso a codazos y empujones. Arrancaron el collar al cadáver, Dominic liberó el anillo de su dedo con los dientes y Delfine agarró la cinta de seda que adornaba su pelo.

Eliot y Hugo se enfrentaron por el bolso. Tirando en direcciones opuestas, giraron en círculo, como si bailaran, hasta que la hebilla de la correa se rompió y el contenido voló por los aires.

Los Alondras se vieron bañados por una lluvia de dinero: los billetes surcaban el aire y se posaban sobre el agua. Mientras los demás intentaban atraparlos, Hugo recogió un sobre del barro y lo ocultó bajo la cinturilla de los pantalones.

Nellie carecía de la fuerza necesaria para pelearse con los demás, pero logró hacerse con un puñado de billetes. Se disponía a guardarlos en su tetera de hierro, cuando se detuvo.

El cuello de la mujer había girado durante la trifulca y su rostro, vuelto hacia ella, la contemplaba con ojos vacuos y sin lustre,

circundados por dos manchas cobrizas, como óxido en el casco de un barco.

La niña no se asustaba con facilidad. Había visto cadáveres que habían pasado días en el fondo del río. Cuerpos abotargados, tumefactos, como frutas podridas.

No era eso.

Había algo extraño en sus facciones. La piel de aquella mujer era como un velo fino posado sobre su cráneo. Le dio la impresión de que, tras aquellos ojos, se ocultaba algo más que un esqueleto.

Algo enfermizo comenzó a asomar entre sus labios.

No era su aliento. No podía ser su aliento.

Nellie ahogó un grito. Un vapor verde y luminiscente emanaba del cadáver. Se deslizaba por sus fosas nasales, brotaba de su boca, formaba hilachos entre sus dientes, escapaba a través de sus oídos y hasta de sus cuencas oculares.

Aquel brillo esmeralda iluminó una marca rojiza del tamaño de un penique en su cuello.

—¡Green Jack! —Nellie arrojó los billetes, escupió tres veces y se frotó las manos vigorosamente contra el vestido.

Los demás se detuvieron, asustados. Nadie osaba mentar a Green Jack en vano, y mucho menos en el río.

—¡Miasmas! ¿Es que no lo veis? —insistió Nellie.

—Yo no veo nada —dijo Hugo.

Dominic estaba abriendo la boca para decir algo cuando un disparo resonó en el aire y los Alondras salieron en desbandada.

El hombre de la barcaza volvió a cargar el arma, pero la bajó, dubitativo, tras reparar en la multitud que se había congregado en el paseo. Nellie distinguió el tradicional abrigo azul oscuro abotonado hasta el cuello y el casco custodio de un policía que trataba de mantener el orden.

La oscuridad ya no los protegía; el día amanecía sobre ellos. Los hombres de la barca decidieron renunciar al botín y comenzaron a virar en el agua. Mientras tanto, los Alondras subieron las

escaleras o treparon por los pilotes de madera del muelle para alcanzar la calle.

—¡Alto! —gritó el policía.

Se plantó frente a Nellie con los brazos extendidos, como si pretendiera capturar a un perro, pero esta aferró el asa de su tetera y se deslizó entre sus piernas, aprovechando la confusión para alejarse a la carrera.

El hombre golpeó varias veces una farola con el bastón, solicitando refuerzos. Los sonidos metálicos alertaron a dos figuras que caminaban por el extremo opuesto de la calle. Eran voluntarios de la brigada de control social, lo que en el barrio llamaban «patrullas matarratas». Portaban sus inconfundibles carmañolas y máscaras de hierro, y se dirigieron hacia ellos blandiendo sus garrotes.

Los Alondras se encontraban en clara desventaja. Descalzos, con los pies entumecidos por el frío, aún cargaban los enseres con las capturas del día. Además, los matarratas bloqueaban el paso. Tras ellos estaba el policía, pero también se arremolinaba el populacho, deseoso de ayudarlo. «¡Al ladrón!», gritaban. Alargaban los brazos o trataban de ponerles la zancadilla, quizá con la intención de arrebatárselos sus trofeos. Delfine tropezó y la apresaron. Casi al unísono, un matarratas asestó un garrotazo a Dominic que lo lanzó contra una pared y lo dejó fuera de combate.

Una mujer intentó apresar a Nellie por el tobillo. Con todas sus fuerzas, la niña golpeó su cabeza con la tetera. La dama gimió y se echó hacia atrás, y Nellie volvió a ser libre. Junto con los dos Alondras restantes, echaron a correr por la avenida adoquinada. Luego Eliot giró por un callejón y desapareció.

El policía les perdió la pista poco antes de que Hugo y Nellie llegaran a Gondal Square, donde los comerciantes montaban los puestos del mercado. Evitaron un carromato, asustando a los caballos, doblaron una esquina y se detuvieron a recuperar el aliento.

Nellie comprobó la tetera: se había abollado con el golpe, pero el botín seguía intacto. Suspiró.

—Todavía no estamos fuera de peligro.

Esperaron un rato, ocultos en un patio salpicado de malas hierbas y flores salvajes. Hugo se encaramó a una pila de cascotes. Se desprendió de la chaqueta empapada y la extendió sobre el suelo para que se secara un poco.

—¿A qué ha venido todo ese rollo de Green Jack? —preguntó—. Casi me matas del susto.

—A esa mujer le pasaba algo. Le salían cosas verdes del cuerpo. Estaba enferma. —En un acto reflejo, Nellie volvió a escupir al suelo—. Dime que no te llevaste nada, por favor.

Por toda respuesta, Hugo sacó el sobre que había escondido bajo el pantalón y le mostró su contenido: un fajo de papeles, cheques y bonos. Estaban algo húmedos, pero parecían recuperables. Nellie ahogó un grito y se echó hacia atrás.

—¡Tíralo!

—Ni en broma. Ahora soy rico —replicó.

Podía ser cierto o no: ninguno de los dos sabía leer.

Los Alondras creían en Green Jack como los marineros creen en las oceánidas o los cazadores de ratas en la Aullagüeste. Green Jack era su patrón, una personificación cadavérica de la putrefacción y los efluvios venenosos que emanaban del Isis, una consecuencia de los desperdicios de las alcantarillas y los vertidos de las fábricas.

Los Alondras trataban de aplacarlo constantemente con pequeños tributos y, aun así, había producido un doloroso eczema en la espalda de Delfine, y pústulas en la nariz de Eliot. También había sido responsable de las fiebres que habían acabado con la vida del hermano mayor de Nellie, que hasta hacía poco había buscado fortuna junto a ellos en el río.

Todo aquel que trabajaba cerca del Isis lo conocía. Algunos se referían a él como «Lord Tifus», «Nuestro Señor de los Miasmas» o, como a Hugo a veces le gustaba llamarle con cierta sorna: «Su Pestilencia».

Volvió a guardar el sobre en los pantalones y Nellie decidió no insistir.

Aguardaron un buen rato. Cuando por fin abandonaron el patio, las calles estaban atestadas. Atravesaron el mercado, donde un centenar de puestos y carromatos exhibían toda clase de productos: cuernos de uro y arpones de ballenero, especias de todo el mundo, recambios de cristal y aceite para lámparas, cazoletas de cerámica para los narguiles y manzanas rojas y doradas de las huertas del sur. La lavanda y otras plantas aromáticas colgaban en manojos y sus esencias perfumadas tamizaban el hedor de su ropa.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó Hugo de pronto.

—Diecinueve de vendimiario, creo. Mañana termina la segunda década del mes y es fiesta.

—Entonces en un par de días se inaugura el circo. Puede que ahora sí pueda comprarme una entrada. —Hugo se caló la gorra hasta las orejas y le dedicó una sonrisa torcida—. Si te portas bien, tal vez consiga otra para ti.

Nellie sacudió la cabeza. Hugo solía subirse al tejado del columbario para otear la planicie donde habían alzado la carpa del circo de otoño. Forzudos, elefantes, pingüinos, enanos y gigantes desfilaban de acá para allá; o eso aseguraba. Para Nellie, las figuras que se afanaban en armar los andamios y las casetas no eran más que manchitas de colores.

Ahucó las palmas, sopló y se frotó las manos para entrar en calor. Tenía los dedos rígidos. Apenas podía sentirlos.

Delfine y Dominic habían sido capturados. Supuso que, si tenían suerte, acabarían en un orfanato o en una bastilla, o en el Panóptico si eran desafortunados. En cualquier caso, estarían fuera de juego durante una larga temporada. No sabía qué destino había corrido Eliot pero, incluso si se había salvado, la banda de los Alondras probablemente había llegado a su fin.

Siguieron andando, adentrándose cada vez más en Maleperduis, de vuelta al nicho del columbario que les servía de refugio. Nellie echó un vistazo al contenido de su tetera. Aquella madrugada, antes de que el maldito cadáver hubiera llegado flotando para

estropearlo todo, había encontrado unos clavos de cobre de los que se utilizaban para carenar los barcos. Eso bastaba para conseguir un plato de gachas y un vaso de leche caliente con el que espantar el frío.

Por lo que a ella respectaba, Hugo podía quedarse con su tesoro y envenenarse con él. La marea baja traía regalos y desgracias por igual, y Nellie no estaba dispuesta a acompañarlo cuando Green Jack acudiera a cobrarse su precio.



2

El Panóptico

El nuevo se llamaba Dominic y habían cursado su ingreso en el Panóptico aquella misma mañana. Estaba confundido y asustado, como todos los recién llegados, pero trataba de disimular. Observaba a todo el mundo con el semblante hosco y los puños apretados de quien aparenta ser peligroso.

A Tom le gustaba fijarse en las manos de la gente. Contaban historias que a menudo eran omitidas en las conversaciones. Aspectos importantes del pasado de las personas.

Las manos cerradas de Dominic, por ejemplo, estaban cubiertas de arañazos recientes y antiguos, costras y cicatrices.

Mientras paseaban por el patio, Tom reflexionó sobre todas las cosas que podían arañar en Lundenwich: las uñas de los gatos callejeros, los filos de las botellas rotas de las pilas de basura de los muelles, los engranajes dentados de la maquinaria de las fábricas o los anzuelos atrapados en las redes de pesca.

Las manos de Tom, con sus manchas blanquecinas testimonio de viejas quemaduras, también contaban una historia. Cuando alguien preguntaba, decía que se las había hecho limpiando chimeneas. Lo hacía para no decir la verdad.

—Hay varias cosas sobre el Panóptico que debes recordar, Dominic —dijo Saville—. La primera es que siempre hay alguien observándote. ¿Ves esas ventanas? A esa torre la llaman «la Pupila». Desde allí vigilan todo lo que hacemos, incluso cuando estamos en los barracones.

Saville señaló al edificio que se alzaba en un extremo del patio. Le gustaba entablar amistad con los recién llegados. Era una es-

trategia para introducirlos en el grupo, aunque pocas veces funcionaba. La mayoría de la gente solo soportaba a Saville en raciones pequeñas.

Dominic no parecía convencido. Siguió la dirección del dedo hasta la estructura de base hexagonal, a medio camino entre un faro y una torre de asedio. En lo alto se abrían una serie de ventanas donde se apostaban los vigilantes. Estas también eran hexagonales, pero alargadas, diseñadas expresamente para sugerir la forma de un ojo.

—A veces hacen la vista gorda —prosiguió Saville, quizá forzando un juego de palabras con el diseño de las aberturas de la torre—, pero ándate con cuidado: si algo no les gusta, tendrás a los guardias encima en un suspiro. Dan unas palizas terribles, pero las tundas de las religiosas son casi peores. El castigo más duro lo reservan para quienes intentan fugarse. Mejor no entrar en detalles; todavía no sé de qué pasta estás hecho y no quiero que te desmayes en mitad del patio.

—No soy ningún alfeñique —protestó Dominic—. ¡Puedo soportarlo!

—Mmm, ya veremos. Este sitio saca lo mejor y lo peor de la gente. Pero tú no te preocupes. Sígueme y haz todo lo que yo te diga. Si te quedas conmigo y mis amigos, las cosas no te irán mal. —Saville guiñó un ojo, haciéndose el interesante, y chasqueó los dedos—. ¡Por cierto, aún no te los he presentado! Este grandote de aquí es Mortimer, y el pequeñajo es Denís. El delgaducho del pelo negro se llama Tom.

Dominic inclinó la cabeza y Tom correspondió al gesto. Por lo general, Mortimer apenas abría la boca, y Denís hablaba muy bajito y oírle resultaba difícil. Los tres delegaban la palabra en Saville, el líder del grupo. Funcionaban así desde hacía tiempo, porque en el Panóptico se necesitaban aliados para sobrevivir. Que Dominic se convirtiera en el quinto miembro aún estaba por ver. Había llegado aquella misma mañana y sabían muy poco sobre él.

Tras la exigua ración de gachas del mediodía, los prisioneros se entretenían charlando, practicaban algo de ejercicio o descansaban a la sombra de los muros. Tom caminaba unos cuantos pasos por detrás del grupo, vigilando a Nigel, que departía con un par de amigos mientras les lanzaba miradas torvas. Consciente del escrutinio, este le obsequió con una sonrisa desdentada y desafiante. Al igual que Saville, Nigel también había formado su pequeño grupo de afines.

Apartó la vista y Tom se llevó la mano al bolsillo, donde guardaba un calcetín viejo que había rellenado con canicas. Estas llevaban tiempo desapareciendo de los petates y los bolsillos de los abrigos del Panóptico sin que nadie hubiera averiguado la identidad del ladrón. Sin embargo, aquella misma mañana, mientras desayunaban en el refectorio, a Tom le habían llamado la atención unas misteriosas marcas rojas en las mejillas de Nigel. Tras el desayuno, Saville y él se habían colado en los barracones y habían encontrado las canicas ocultas en el relleno de su almohada.

Aunque pareciera un asunto trivial, las canicas eran un bien muypreciado en el Panóptico. Se empleaban como moneda de cambio, porque el dinero estaba prohibido. Tom las había escondido en uno de sus calcetines y habían pasado el resto de la mañana devolviendo los bienes robados a sus dueños.

Aunque habían sustituido las canicas de la almohada por pequeñas piedras para evitar que Nigel descubriera su ausencia, alguien debía de haberles delatado.

—¿Qué más debo saber? —preguntó Dominic.

—¡Un montón de cosas! Por ejemplo, la distribución: el Panóptico está dividido en secciones separadas por muros. Nos mantienen segregados por edades, y también separan chicos y chicas. Construyeron la Pupila en el centro para vigilarnos a todos a la vez.

—¿De verdad pueden ver todo lo que hacemos?

—Por supuesto.

—Al final te acostumbras —dijo Mortimer—. Yo ya no puedo ni utilizar las letrinas si no hay nadie mirándome.

—¿Y no se puede escapar?

Saville negó con la cabeza.

—Solo hay tres formas de abandonar el Panóptico: cumplir tu pena, ser contratado como aprendiz o...

—¿O qué?

—O salir con los pies por delante.

Tom asintió. Aunque soñaba con fugarse, aún no había encontrado un plan factible. Idearlos era uno de sus pocos pasatiempos en aquel lugar. Con el transcurso de los meses había concebido al menos una docena. Uno de ellos implicaba fabricar un juego de ganzúas con los clavos de su camastro. Otro requería compartir ataúd con un muerto. El más prometedor consistía en colarse en la lavandería y vestirse con uno de los hábitos de las novicias para abandonar el edificio por la puerta principal.

Trató de localizar de nuevo a Nigel y lo encontró avanzando hacia ellos, rodeado por su numeroso grupo de seguidores. Tom dio unos toquécitos a Saville en la espalda. Este asintió.

—Apártate de nosotros —le dijo a Dominic con tranquilidad.

—¿Ocurre algo?

—Problemas.

Dominic echó un vistazo por encima del hombro.

—Pensaba que en el Panóptico lo veían todo.

—Y lo ven —admitió Saville—. Pero eso no siempre nos detiene. A veces es mejor ser castigado pero dejar las cosas claras; otra lección que vas a tener que aprender.

—Ya vienen —susurró Denis.

—¡Eh, imbécil! —gritó Nigel. Se dirigió a Saville, de jefe de banda a jefe de banda—. Creo que te has llevado algo mío.

—Quien roba a un ladrón... —replicó Saville con una amplia sonrisa.

—Devuélvelas —Nigel hablaba muy despacio, midiendo sus palabras. Alzó el rostro hacia las ventanas de la Pupila—. No merece la pena.

Su banda era superior a la de Saville, tanto en número como

en capacidad, pues contaba con unos cuantos chicos mayores, corpulentos y atléticos, pero no quedaba otra opción.

Saville se lo confirmó un segundo más tarde, al guiñar un ojo. Era la señal convenida. Tom se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y agarró el calcetín.

—Tienes muy poca paciencia, Nigel —dijo Saville—. Tendrías que haber esperado a que termináramos de devolver las canicas.

Con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, Tom sacó el calcetín de su bolsillo y golpeó a Nigel en mitad de la cara.

